

## PASTORAL ESCOLAR Y PASTORAL DE CONJUNTO EN LA ESPAÑA ACTUAL: POSIBILIDADES Y URGENCIAS

J. J. RODRIGUEZ MEDINA

En estas páginas desearía situar o enmarcar la pastoral escolar dentro de la pastoral de conjunto, referida de modo especial a nuestra situación española.

Se inspiran en la parte tercera de nuestro trabajo, y lo comentan, sobre todo, en el capítulo IV de la primera parte del libro publicado por la Conferencia del Episcopado español, *La Iglesia y la educación en España hoy*, pp. 34-44. Dicho capítulo se ocupa de las Instituciones y Personas ante la educación de la fe.

Deseo ajustarme en el proceso de estas reflexiones al itinerario siguiente:

Hechos que han despertado o puesto al vivo la necesidad de la pastoral de conjunto (I).

Sentido o precisiones sobre la naturaleza de la pastoral de conjunto en general (II).

Las *instituciones educativas* escolares dentro del ámbito de la pastoral de conjunto: factores o elementos determinantes de la obra educativa de la juventud, en un mundo complejo y pluralista, y en sujetos condicionados por multitud de influencias con signos diferentes (III).

## I.—LA PASTORAL DE CONJUNTO: HECHOS Y PRECISIONES

La pastoral de conjunto, por tener raíces teológicas que afectan a la Iglesia en la totalidad de su devenir temporal, es una realidad de todos los tiempos y lugares.

Sin embargo, el sentido acuciante de su necesidad y la urgencia de su aplicación se han acentuado con más fuerza en estos últimos tiempos, debido al terrible proceso de descristianización en que nos encontramos.

Pastores, educadores y laicos militantes comprueban que existe desproporción brutal entre sus esfuerzos individuales y los efectos obtenidos, sobre todo en el campo social y colectivo de la fe. Ya Pío XII llamaba la atención sobre tal hecho en este texto punzante: «Cuando advertimos, por una parte, el fervor de tantas empresas en las que nadie se detiene, nadie desfallece, nadie se reserva, y nos vemos obligados a reconocer, por otra, la pobreza de los resultados obtenidos en relación con lo que cabía esperar de un empleo tan considerable de energías y una abnegación tan grande, no podemos menos de preguntarnos si no estaremos quizá demasiado solos, demasiado aislados, demasiado faltos de los medios necesarios. Quién sabe, queridos hijos, si no convendría tal vez revisar el trabajo apostólico a la luz de los principios que rigen toda justa colaboración, Esta es, a nuestro modo de ver, una de las más imperiosas exigencias de la acción apostólica y del laicado»<sup>1</sup>.

El mismo Papa afirmaba en 1957 en la Encíclica «Le Pélerinage de Lourdes»: «La conversión individual (...) no puede bastar (...). Os exhortamos (...) a suscitar entre los fieles confiados a vuestros cuidados un esfuerzo colectivo de renovación cristiana de la sociedad»<sup>2</sup>.

Cardijn comprueba el hecho del distanciamiento psicológico y colectivo entre la clase obrera y la Iglesia: se necesita convertir a la clase obrera como tal, al hombre en cuanto social, ya que se ha establecido radical separación entre el sector de la

---

—1. Pío XII, *Discurso a los predicadores cuaresmales de Roma*, en 1955.

—2. AAS, 1957, 615.

Iglesia (piedad, liturgia, domingo) y la vida social durante la semana<sup>3</sup>.

El Cardenal Garrone observa que más que los individuos, son las cosas mismas (las instituciones, el ordenamiento social y económico del mundo...) los que se han separado de la Iglesia<sup>4</sup>.

Todos descubrimos con ansiedad la existencia de nuevas dimensiones de diverso orden (social, psicológico, político, económico...) que la Pastoral no había convertido hasta ahora en objeto de sus esfuerzos. En consecuencia, a la valoración global, indistinta e indiscriminada del ser cristiano, sucede especial atención a la realidad cualificada de la fe y de las prácticas.

Se concluye que el tratamiento de estos problemas requiere esfuerzos complejos mancomunados y soluciones nuevas y originales<sup>5</sup>, emprendidos desde ángulos diferentes y dirigidos y organizados con sabiduría sobre todo por aquellos a quienes más atañe la responsabilidad en la Iglesia y en la formación del hombre: jerarquía, clero, *instituciones apostólicas*, centros de educación...

Estamos tomando conciencia de que las instituciones y formas pastorales tradicionales son insuficientes: la parroquia aislada con sus métodos estáticos, con sus medios pobres de influencia y con su afán centralizador es incapaz de penetrar en el ambiente y de cambiar las costumbres de la colectividad; la Pastoral clásica desentendida del aspecto o condiciones sociales del cristianismo resulta poco menos que inútil para penetrar en los elementos más influyentes y vigorosos de la sociedad<sup>6</sup>.

Se cree menos que nunca —y con toda la razón del mundo— en la eficacia de las estructuras apostólicas basadas en imperativos individualistas relativos al hombre y a la acción pastoral (actividades, santidad, reformas... propuestas al individuo como tal) porque se piensa que los conjuntos humanos tienen significación providencial en los planes de Dios respecto de la Historia de la Salvación en comunidad y son, de hecho, humanamente decisivos en los destinos del individuo.

3. Citado por BOULARD en *Problemas actuales de pastoral*, Marova, Madrid, 1963, pp. 283-284.

4. Id., p. 284.

5. Cf. HOUTART, FR., *Pastoral de conjunto y planes de pastoral*: Concilium, número 2 (1965) 28 ss.

6. BOULARD, *op. cit.*, p. 286.

## II.—CONCEPTO DE PASTORAL DE CONJUNTO

### A) CONCEPTO Y FUNDAMENTO TEOLÓGICO.

El concepto de pastoral de conjunto no se restringe sólo a la esfera de la mera investigación sociológico-religiosa, de la organización, de las mejores técnicas y estrategias de trabajo más racionales, para evitar la dispersión y anarquía, y conseguir, con menos esfuerzo, objetivos hasta ahora logrados más laboriosamente.

Esto se prestaría a reducir la pastoral a sus aspectos más accidentales. No conseguiría resultados diferentes en substancia a los hasta ahora conseguidos, ya que permanecerían idénticos sus contenidos y metas, aunque fueran distintos y más perfectos los métodos, procedimientos y estrategias. Si no pasamos de ahí, la pastoral de conjunto podría equivaler en la práctica a organizar con más técnica y sagacidad que hasta ahora la rutina, el ghetto, el levantamiento de barricadas<sup>7</sup>.

La pastoral podría continuar tan anquilosada e ineficaz como hasta el presente, sin obtener la revisión total de sí misma, no obstante la aplicación de nuevas técnicas de trabajo organizadas según los métodos más modernos<sup>8</sup>: en algunos países bien dotados de medios pecuniarios, se tiene la impresión de que, si bien los montajes materiales y organizativos nada dejan que desear, los valores más serios y substanciales de la fe no obtienen el interés pastoral que les corresponde, porque los hombres responsables se mueven más bien en esferas superficiales y apuntan hacia fines de segunda importancia.

La pastoral de conjunto se ordena fundamentalmente a la renovación del contenido mismo de la acción pastoral; pretende la adaptación fiel a las leyes bíblicas y teológicas de la acción de la Iglesia.

7. HOUTART, *art. cit.*, p. 33.

8. Cf. JUBANY, Narciso, *La educación religiosa de la juventud y la pastoral de conjunto*: *Sal Terrae*, 55 (1967) 82; BOULARD, F., *Projets et réalisations de la pastorale d'ensemble*: *Les cahiers du clergé rural*, n. 234 (Février, 1962) 153.

Requiere, por lo mismo, el reestudio de los contenidos de la evangelización a la luz de la sensibilidad e interrogantes del hombre actual, y de las etapas de su realización, introduciendo periódicamente las revisiones y reformas incluso institucionales, más o menos profundas, necesarias para que la acción pastoral de la Iglesia se convierta en hechos<sup>9</sup>.

Entiende la Iglesia como realidad en devenir, acontecimiento vivo y neumático al cual han de plegarse las formas jurídicas. Le exige que se replantee a sí misma autocriticando sus razones últimas de existencia, condición necesaria para lograr que la historia de los hombres se convierta, de hecho, en su historia salvífica.

Esto requiere ante todo una concepción mística de la Iglesia y, por tanto, de los hombres, clero y seglares, que la componen y «hacen».

La pastoral de conjunto podría definirse como el «esfuerzo paciente para poner en marcha libremente, cara al mundo que hay que salvar, a todos los hijos de la Iglesia con todas sus instituciones y recursos, bajo la autoridad del obispo, que tiene la misión de coordinarlos y dirigirlos, y que así puede ejercer con plenitud su misión pastoral»<sup>10</sup>.

El fundamento de la pastoral de conjunto no es de orden metodológico. Su razón última no estriba en la necesidad de resolver mejor técnicamente los problemas pastorales por aquello de que la unión hace la fuerza, como reza el lema de la nación belga.

El fundamento es de orden místico: «Como lo que parece pan en el Sacramento entraña el Cuerpo del Señor, así, en la cooperación fraternal, lo que aparece como un moderno procedimiento de trabajo oculta al Corpus Christi mysticum»<sup>11</sup>.

En otros términos, el Espíritu impulsa a la Iglesia toda y no sólo a uno u otro de sus componentes. Su presencia es más real y eficaz en quienes le son más fieles. Debemos, por tanto, estar

9. HOUTART, *op. cit.*, p. 33.

10. Citado por JUBANY, *op. cit.*, p. 85.

11. VIKTOR SCHURR, *Pastoral de los tiempos nuevos*, edic. Paulinas, Bilbao, 1962, p. 110.

atentos a las riquezas de todos sus miembros. Tanto los carismas particulares como las misiones institucionales oficiales son llamadas de Dios y merecen, unos y otras, que les prestemos oído atento. De lo contrario perderemos esa riqueza que llevan consigo los seres completos y armónicos, el encuentro de realidades en su totalidad de contenido y de vida.

#### B) EXIGENCIAS IMPUESTAS POR LA PASTORAL DE CONJUNTO A LAS PERSONAS E INSTITUCIONES.

Los criterios arriba mencionados, aunque no pueden llamarse nuevos, reclaman hoy con nueva y urgente necesidad que pongamos por obra los recursos de todas las personas e instituciones cristianas.

La tarea es tan grave y difícil, que más parece proyecto de acción que obra realizable a corto plazo, si no se quiere que la Iglesia quede desplazada o gravemente dañada en su misión apostólica.

Más que la solución de pequeños problemas individuales, locales o meramente diocesanos, se necesitan planes a largo alcance y soluciones globales que integren los problemas menores y a corto plazo. En efecto, serán las grandes masas humanas, políticas, económicas, turísticas, los conjuntos —nacionales o internacionales— los que en un futuro próximo engloben y dominen las problemáticas particulares.

Están especialmente comprometidos los responsables de la Iglesia y de las naciones; en especial cuantos poseen visiones más universales y futuristas: Santa Sede, Obispos, gobernantes, jefes de las naciones que deseen llevar a cabo su labor con conciencia cristiana; los sacerdotes, educadores, intelectuales...; los responsables de la propaganda...

Realizar la pastoral de conjunto según estas condiciones no es fácil. Exige espíritu en cierto modo nuevo, que la formación clerical de los religiosos y apóstoles seculares apenas ha sabido proporcionar. Es difícil, por lo mismo, revalorizar substancialmente a personas cuya formación ascética e incluso teológica

se ha apoyado en criterios individualistas. Por eso, las mejores esperanzas se cifran en las generaciones nuevas.

Podemos referir las lagunas principales de la formación dada durante estos últimos tiempos, en substancia, a la falta de una *eclesiología* seria y equilibrada, cuyos ejes podrían ser los siguientes:

— El mensaje se dirige al Pueblo de Dios, al Reino de Dios, a la Iglesia como tal. El individuo lo recibe, y obtiene la salvación no como individuo sino como miembro de la comunidad en la cual se salva o se pierde.

— Las líneas básicas de la espiritualidad e intencionalidad del cristiano deben, por lo mismo, orientarse hacia la problemática y fines mayores de la comunidad cristiana.

— El fin del cristiano consiste, pues, en acelerar el Reino de Dios respetando las leyes que le son propias y que se resumen en el respeto a las etapas de su proceso temporal. No debe, por tanto, centrarse sólo en su salvación individual ni en el momento de la muerte, descuidando la significación del tiempo, en el cual la Iglesia se hace o deviene.

Por no haber asimilado intelectual y existencialmente estas líneas *eclesiológicas* nos cuesta tanto adaptarnos, ser flexibles, saber enfocar con sentido evangélico las discusiones, seleccionar los bienes mayores de la Iglesia a la hora de decidirnos, situarnos en función de las perspectivas fundamentales, subordinar los intereses particulares e inmediatos a los últimos.

El fallo de nuestra *eclesiología* nos impide superar el espíritu de clase, de Orden o Congregación, de colegio, de movimiento apostólico: el más temible y larvado de todos los orgullos que es el colectivo, el institucionalizado en costumbres y hábitos de pensar más o menos consagrados por el círculo de superiores y hermanos con quienes convivimos. Nos cegamos a la hora de prescindir de nuestra edad, grado jerárquico y años de servicio, en favor de otras personas y valores más positivos y eficaces para la comunidad.

Todos estos intereses a escala individual o colectiva constituyen la condenación pastoral y existencial del misterio de la Iglesia, no en su aspecto o afirmación intelectual cuanto en su fieri o devenir histórico y temporal, en el cual la Iglesia lleva

a los hijos de Dios al Reino futuro. No lo olvidemos: la existencia cristiana tiene valor decisivo. Las esencias significan en la medida en que sean esencias existencializadas.

### C) ALGUNAS APLICACIONES DE LA PASTORAL DE CONJUNTO.

Bajando a derivaciones más empíricas, la pastoral de conjunto debe, entre otras cosas, proponerse y resolver eficazmente los siguientes problemas:

— Intervención eficaz —y medios concretos— de cuantos deben intervenir en la misma acción de la Iglesia, dentro de cualquiera de sus tres formas de pastoral.

— Medida en que cada elemento participante debe intervenir: extensión, intensidad, cualidad de su actuación, directa o indirecta, mediante acción personal o testimonio cristiano. La pastoral de conjunto debe precisar a quién corresponde el primado en las diferentes acciones eclesiales: al sacerdote, al educador, al padre de familia, al seglar en cuanto director de empresa económica, en cuanto político...

— Qué urgencias pastorales han de solucionarse en primero o segundo lugar, de acuerdo v. gr. con la teología de la fe y de los sacramentos: ¿qué son primeras en tal pastoral de evangelización, las instituciones proféticas (escuelas, catequesis, movimientos educativos) o las sacramentales (*Eucaristía*, los otros sacramentos)? La distribución racional del clero, de acuerdo con el valor salvífico de sus acciones y no, v. gr., según criterios puramente canónicos, extrínsecos, económicos..., que supondrían una Iglesia puramente formal (=de formas). Este ejemplo puede ser esclarecedor: el monopolizar a muchos sacerdotes en los entierros priva a los fieles que aún «viven» de ministros de la Palabra o de los sacramentos. ¿Corresponde este ministerio de los difuntos, así entendido, al significado cristiano de las exequias? ¿Guarda coherencia o equilibrio con *todas* las urgencias pastorales?

— Cómo coordinar las instituciones apostólicas, colegios, erección de parroquias, residencias de religiosos...; deben establecerse criterios objetivos, de acuerdo con las verdaderas necesidades de los fieles de todas condiciones. Ahora bien, muchas

de esas instituciones han surgido sin perspectivas apostólicas de conjunto —diocesanas o nacionales— y no es infrecuente que las hayan motivado criterios económicos o deseos de ejercer influencia personal o ideológica sobre determinadas clases sociales. O bien, ciertas instituciones se adaptaron en un tiempo a los fines propuestos, pero hoy no responden ya a ellos.

— Coordinar la dirección espiritual que debe darse a los fieles, según principios o leyes pastorales y catequísticas: acento que ha de imprimirse a la pastoral profética sobre la litúrgica o viceversa; temas más o menos importantes en la predicación, de acuerdo con lo esencial o con determinadas coyunturas de la Iglesia en el mundo o en algunas de sus partes: unidad, ecumenismo, caridad, relaciones conyugales, cuestión social, paz...; lo esencial y lo secundario; las relaciones del dogma con la moral en la predicación y acentuación de aquél sobre ésta<sup>12</sup>.

— Problemas relacionados con la piedad de los fieles: las devociones y los misterios centrales de la fe; repercusiones positivas o negativas de la piedad o de determinados enfoques de la piedad en la edificación cristiana del mundo, en su «consecratio». Es cierto que no gozan de igual valor en este sentido todos los géneros de piedad, ya que unos concentran más bien al individuo sobre su propia problemática interna, mientras que otros ponen la existencia individual al compás de las otras existencias humanas que han de salvarse en racimo.

Frente a determinados grupos de presión, interesados en ciertas formas de piedad por múltiples razones, deben seguirse las orientaciones teóricas y prácticas de los responsables supremos de la pastoral y, a la postre, de la misma teología espiritual.

---

12. No puedo resistirme a evocar aquí la queja oída de boca de aquel sacerdote alicantino, región muy concurrida por el turismo, como se sabe: «Después de la guerra toda nuestra predicación ha consistido en predicar la modestia de las mujeres en los templos según ciertos criterios, hoy ya superados por exigencias del turismo y de los medios de locomoción. Tiempo perdido. ¿Qué nos queda ahora de todo aquello? La predicación, mejor orientada sobre el misterio de la fe, hubiese respondido mejor a las coyunturas reales en que se encuentra hoy nuestro pueblo».

### III.—LAS INSTITUCIONES EDUCATIVAS ESCOLARES DENTRO DEL AMBITO DE LA PASTORAL DE CONJUNTO: FACTORES O ELEMENTOS CONSTITUYENTES DE LA OBRA EDUCATIVA DE LA JUVENTUD EN UN MUNDO COMPLEJO Y PLURALISTA Y EN UNOS SUJETOS CONDICIONADOS POR MULTITUD DE INFLUENCIAS DE SIGNOS DIFERENTES —

«La enseñanza del mensaje de salvación a los bautizados es una mediación de la Iglesia a través de la cual Jesucristo se revela a sí mismo, nos revela a Dios Padres, y nos salva. La catequización pretende poner al bautizado en contacto con Jesucristo por medio de la fe en orden a la salvación»<sup>13</sup>.

Esta definición de la enseñanza y catequización de la fe encierra los siguientes elementos: obra de la Iglesia, como agente mediador por la catequesis, para la salvación del hombre, y trabajo pastoral para poner al bautizado en contacto con Jesucristo y suscitar en él la fe que le salva.

Según esto, «todos los miembros del pueblo de Dios están llamados a difundir con palabras y con hechos, entre todos los hombres, el conocimiento del Salvador» (1 Tim. 2, 4)<sup>14</sup>.

«Desde esta perspectiva, podemos preguntarnos (...) por el papel específico de las personas e instituciones que en la Iglesia, especialmente en la comunidad católica española hoy, están llamadas a educar en la fe»<sup>15</sup>.

Distingamos tres agentes mediadores en el devenir adulto del bautizado: la familia (A), la escuela (B), la vida, existencia o situación concreta del hombre en el mundo (C).

A cada uno de ellos dedicaremos algunas reflexiones para concluir deduciendo la necesidad de planificación y organización de la formación de los formadores (IV).

13. *La Iglesia y la educación en España hoy*, n. 22. Los números (=n.) que se irán citando en adelante se refieren a esta obra que puede considerarse como el *Libro Blanco de la educación cristiana en España*.

14. n. 22.

15. n. 22.

### A) LA FAMILIA.

Los esposos son los primeros responsables y agentes educadores de sus hijos, en virtud de su relación natural o de consanguineidad con ellos, y de su consagración cristiana por el bautismo, confirmación y, sobre todo, aquí, en virtud de la gracia de su unión matrimonial cristiana.

Sin embargo, la forma típica o específica como el mensaje cristiano se recibe en la familia es la «experiencial». La familia es para el niño la primera comunidad de Iglesia y humana y, sin duda, la más profunda.

El entramado íntimo de lo hereditario con lo afectivo y lo cognoscitivo, permite que el mensaje que da la familia como realidad global, se adhiera profundamente al consciente y subconsciente del niño.

Las realidades y misterios cristianos adquieren en la familia, de forma a menudo decisiva e imborrable, la primera y quizá más sólida configuración: viviendo el misterio de la fe que toma expresiones, acentos y matices humanos e íntimos, niveles de proximidad, de naturalidad e incluso de imperativos de acción, implicaciones prácticas y concretas; los misterios cristianos entran en una primera fase de encarnación o de realización que determinará, en la mayoría de los individuos, la totalidad cristiana de bautizados a lo largo de toda su existencia en el mundo: «La educación de la fe en el ambiente familiar se realiza, ante todo, por el testimonio de vida cristiana de los padres. Para la educación de la fe de los niños nada tiene tanto valor como una vida familiar honrada, sincera, que ama la justicia, que respeta la opinión ajena y fomenta el diálogo amistoso, que es iluminada por los criterios evangélicos de pobreza, de amor fraterno, de perdón cristiano, y que alimenta una fe que se expresa tanto en los momentos difíciles de la vida como en los días de júbilo, que tiene su ritmo de oración comunitaria familiar y litúrgica y que, en todo momento, mira hacia Jesucristo como luz, camino, verdad y vida»<sup>16</sup>.

---

16. n. 23.

De ahí cuánto importen las revisiones de vida de los matrimonios que les enseñen y ayuden a tomar conciencia del «sentido» real, educativo o deformador, de cada una de sus actitudes. El estado «virgen», o poco influenciado aún, del alma infantil asimila hondamente cuanto presencia. La relación o vinculación afectiva, existencial y quasi mítica con sus progenitores, convierte en categóricas las adquisiciones de ellos recibidas.

En nuestro contexto español conviene reflexionar sobre algunas actitudes paganas o ambiguas de ciertas familias cristianas, que suelen constituir la piedra de escándalo de nuestro catolicismo nacional: comportamientos clasistas, escaso sentido social en sus diversas formas, rutinariedad en las relaciones con Dios (oración, cultos litúrgicos...).

Respecto a la "instrucción" religiosa como tal, corresponde a los padres la instrucción ocasional más bien que la sistemática:

«Partiendo de la realidad de los acontecimientos de la vida familiar, de las fiestas del año litúrgico, de la actividad que los niños realizan en el ambiente escolar, en la parroquia, en las agrupaciones..., etc., los padres van descubriendo a los hijos la presencia del misterio de Cristo Salvador en el mundo»<sup>17</sup>.

Este carácter ocasional de la instrucción impartida por los padres se justifica, no por limitaciones en su formación doctrinal, que pueden no darse, sino por la naturaleza única e irremplazable de la vida familiar. En ella, en efecto, lo vital y existencial, la realización empírica de los valores, el aspecto fáctico de los misterios de la fe, se prestan a lograr niveles de intensidad muy elevados. Ahora bien, este o estos aspectos de la fe son tanto o más importantes que los intelectuales sistemáticos, y constituyen la única o, al menos, la mejor oportunidad en la vida del bautizado. Si se perdieren, quedarían lagunas en él que no podrían colmarse más tarde.

Detrás de todo esto laten presupuestos teológicos, psicológicos y existenciales que los padres debieran conocer de modo más o menos orgánico y científico, mediante contactos frecuentes con

---

17. n. 24.

los técnicos de las ciencias humanas o pastorales que se ocupan de la educación del hombre.

#### B) LA ESCUELA <sup>18</sup>.

Tomando la escuela como totalidad en que se entrecruzan elementos, coordenadas o factores que constituyen al hombre (individuales, sociales, relacionales, intelectuales y afectivos, naturales y sobrenaturales, condicionantes del devenir evolutivo del muchacho...) podríamos definirla como la institución en que el joven asimila de modo orgánico todos los valores fundamentales o básicos de la existencia humana:

«Entre todos los medios de educación, tiene peculiar importancia la escuela, la cual, en virtud de su misión, a la vez que cultiva con asiduo cuidado las facultades intelectuales, desarrolla la capacidad del recto juicio, introduce en el patrimonio de la cultura conquistado por las generaciones pasadas, promueve el sentido de los valores, prepara la vida profesional, fomenta el trato amistoso con los alumnos de diversa índole y condición, contribuyendo a la mutua comprensión; constituye, además, como un centro de cuya laboriosidad y de cuyos beneficios deben participar juntamente las familias, los maestros, las diversas asociaciones que promueven la vida cultural, cívica y religiosa, la sociedad civil y toda la comunidad humana» <sup>19</sup>.

Una de las tareas en que los especialistas de la escuela cristiana más insisten es en la necesidad de lograr en todo el engranaje de la obra escolar (catecismo, enseñanza profana, relación profesor-alumno, actos no estrictamente escolares, apreciaciones valorativas, existenciales, sistemáticas y ocasionales...) la toma de conciencia y la asimilación cristiana de las realidades fundamentales de la vida, que van a constituir para el hombre su

18. Sobre toda la problemática de la escuela cristiana puede leerse la obra excelente del profesor del Instituto Pontificio San Pío X, Joaquín GARCIA CARRASCO, *La política docente*, Estudio a la luz del Vaticano II, BAC, 1969.

19. Concilio Vaticano II, *Gravissimum educationis momentum*, n. 5.

20. AUDINET, Jacques, *La renovación de la catequesis en la situación contemporánea*, en la obra: *Catequesis y promoción humana*, Sígueme, Salamanca, 1969, pp. 23-41.

situación, en la que ha de crear su ser cristiano<sup>20</sup>: amistad, libertad, responsabilidad, amor, relación humana, sexualidad, trabajo, dolor, muerte, injusticia, pecado<sup>21</sup>.

Dicho engranaje lo resume de modo excelente la "*Gravissimum educationis*": la nota distintiva de la escuela católica consiste en «crear un ambiente de comunidad escolar animado por el espíritu evangélico de libertad y caridad, ayudar a los adolescentes para que en el desarrollo de la propia persona crezcan a un tiempo según la nueva criatura que han sido hechos por el bautismo, y ordenar últimamente toda la cultura humana según el mensaje de la salvación, de suerte que quede iluminado por la fe el conocimiento que los alumnos van adquiriendo del mundo, la vida y el hombre»<sup>22</sup>.

No creo alejarme mucho de la verdad si afirmo que una de las críticas más fuertes contra la escuela católica le ha venido por ese costado: se debe quizás a que gran parte de sus responsables han sido de hecho hombres o mujeres entregados por su consagración religiosa a las realidades escatológicas con un género de vida que les separa del acontecer temporal. Si a ello se añade el aislamiento que han mantenido casi sistemáticamente con otros sectores educativos o influyentes de la sociedad, se explica el que les haya resultado difícil favorecer en sus alumnos la comunión entre lo divino y lo humano, que ellos mismos existencialmente no pueden vivir, aunque intenten expresarla en palabras que sólo con dificultad se enraízan en la totalidad del *catequizando*.

De ahí ese hiatus de los educados en nuestras escuelas católicas, puesto en evidencia incluso por los católicos, entre el espíritu y la materia, el cuerpo y el alma, los valores de la fe y los del mundo, la fidelidad al amor de Dios y la apertura al amor humano en sus diversas gamas. De ahí también esa dificultad para encajar en la sociedad técnica, económica, política, universitaria, afectiva, de muchos de sus escolares, llegada la hora de situarse en las estructuras sociales y de hacer fermentar en ellas

21. *La Iglesia y la educación en España hoy*, n. 3.

22. *Gravissimum educationis momentum*, n. 8.

el cúmulo considerable de conocimientos y vivencias recibidos en la escuela cristiana: hombres que no saben decir la palabra cristiana oportuna —la palabra de la boca y sobre todo la palabra del «sentido de las cosas»— al acontecer actual, a la nueva civilización en la cual los cristianos deberíamos saber evangelizar, e incluso promover a escala humana o cristiana sus nuevos descubrimientos en el terreno de la técnica, de la psicología profunda individual y de masas, de la relación humana, del pluralismo cultural, político, religioso, económico, etc.

Me parece que los propios educadores manifiestan ese hiatus con su agresividad, desconfianza y crítica contra sus instituciones, de tal forma que el grado mismo de su amargura y acerbidad es ya indicio de la verdad del desfase de sus instituciones y de los que las critican y desconfían de ellas, sin saber ellos mismos —por ineptos— contribuir constructivamente a su remedio.

A pesar de todo, juzgando la institución escolar por sus fines y posibilidades en perspectiva de presente y de futuro, sigue siendo cierto que «de hecho, en las circunstancias actuales, la Iglesia no puede disponer de otros instrumentos tan eficaces para anunciar explícitamente el mensaje de salvación a niños, adolescentes y jóvenes, como la presencia de educadores cristianos en el ámbito docente. Por esta razón, la Iglesia española, por la boca de sus Pastores, ha llamado y enviado a sacerdotes, religiosos y seglares, para que transmitan la enseñanza de la fe en los *centros de educación*»<sup>23</sup>.

Quizás el mayor mal de la escuela tradicional a la que aludimos estriba en haberse cerrado sobre sí misma, en haberse convertido en coto cerrado, perdiendo perspectivas y vuelos. Es clásica la reacción de la institución escolar a que sus miembros se abran a otros movimientos, a otras perspectivas, a las ideas nuevas no estrictamente escolares, pero sí condicionantes, de modo directo o indirecto, de la educación del hombre. Aún suena en nuestros oídos el comentario del director de tal o cual colegio hecho a uno de sus miembros, inquieto por la educación y pre-

---

23. n. 26.

ocupado en participar en conferencias o actividades pedagógicas, filosóficas, culturales: «Su misión y su tarea se ciñen a las cuatro paredes de la escuela». De ese modo el educador, carente de otros contactos ajenos a su mundo infantil de cada día, se infantiliza él mismo, pierde horizontes y altura, ignora las profundidades del niño que quiere educar, vive a espaldas de su problemática total, de su futuro y de sus potencialidades. Eso explica el caso tan frecuente de educadores que después de haber ejercido la docencia durante dos o más décadas con la misma clase de niños, repite de modo monótono, pueril y carente de novedad, los métodos y sistemas de educación que empleara aquella primera semana, ya remota, en que con ilusión e ingenuidad se lanzó a la tarea educativa.

Esto quiere decir que en la obra de educación cristiana la escuela debe dilatar sus marcos y abrir sus puertas a la participación de la familia, de asociaciones de vida cultural, religiosa y a las diversas formas de existencia de la comunidad humana<sup>24</sup>.

En España es bastante general la ausencia de los padres y familias en la obra educativa por la escuela. Los educadores no han sabido emplear y cultivar los medios más apropiados para llamarlos a cooperar, impulsados muy a menudo secretamente por su falta de preparación para dialogar con ellos y para orientarlos. Aquéllos han prestado excesiva confianza a los educadores, colocando incondicional e indiscriminadamente en sus manos a sus hijos.

En estos últimos años el fenómeno ha variado de modo favorable. Se han iniciado los contactos de educadores y padres de familia por cursos y a niveles más masivos. Sus resultados han dependido de la capacidad de diálogo en el fondo y en las formas de unos y otros.

La pastoral de conjunto en la tarea escolar debe extenderse a sus dos dimensiones: *al interior* y *al exterior*.

Al *interior* de los centros escolares se requiere relación constructiva de cuantos influyen en los educandos: padres, seglares

---

24. *Gravissimum educationis momentum*, n. 5.

en lo relativo a temáticas de su especialidad profesional, capellanes y, sobre todo, puesta en común de los diversos profesores en sus respectivas materias. Importa de modo especial la relación del personal más cualificado en la obra educativa: el psicólogo, el pedagogo, el encargado de realizar con seriedad científica la obra pastoral dentro del centro escolar, el sociólogo.

Al *exterior* es necesario abrirse a las orientaciones de la diócesis, a la marcha y problemas educativos de otros centros escolares, locales o regionales y, de modo especial, a los movimientos educativos y a las realidades parroquiales. Quizás convenga también prestar mayor atención a las relaciones entre colegios de muchachos y muchachas. Parece que los signos de los tiempos exigen más proximidad entre escolares que, de hecho, a la salida del colegio mantienen con naturalidad toda clase de relaciones. Los testimonios de experiencias realizadas hasta hoy en este sentido parecen ser positivos y en todo caso el balance total —es lo que interesa— muy aleccionador.

Un factor primerísimo para la totalidad de la obra escolar lo constituyen los *movimientos educativos*: «En los últimos años han ocupado un lugar destacado en la formación religiosa de niños, adolescentes y jóvenes en España, los movimientos educativos y apostólicos dirigidos por seglares bajo la alta responsabilidad de los Obispos.

«Es necesario subrayar especialmente el importante papel realizado en la formación de los jóvenes por los movimientos especializados de Acción Católica, así como por otras organizaciones para los jóvenes que han seguido trayectorias pedagógicas similares».

«Estimamos que el futuro está abierto a nuevas y múltiples posibilidades, y que la preocupación educativa de sacerdotes, religiosos y dirigentes seglares sabrá hallar cauces que ofrezcan a los adolescentes y jóvenes la posibilidad de comprometerse en el servicio del prójimo, y en la profesión comunitaria de la fe. El Concilio Vaticano II nos ha estimulado abiertamente a promover esta vertiente de la educación del cristiano» (*Apostolicam actuositatem*, nn. 12 y 18; *Gravissimum educationis*, nn. 4 y 8).

«Sin estas posibilidades de vida de fe comunitaria, con dimensiones de proximidad humana, no será viable ordinariamente la fidelidad de los adolescentes y jóvenes al espíritu del Evangelio en el mundo actual, de modo especial en el ambiente urbano».

«La formación religiosa recibida en el seno de la familia y del centro docente, está condenada en gran parte a la esterilidad, si a los jóvenes no se les proporciona la oportunidad de expresar comunitariamente su vida de fe, dentro del mundo de relaciones y actuaciones que les caracteriza»<sup>25</sup>.

La *comunidad parroquial* es el necesario complemento litúrgico y eclesial de la comunidad escolar, ya que en ella se convierte en celebración, en vida, en misterio experimentado la enseñanza religiosa que la escuela proporciona<sup>26</sup>. La parroquia ofrece de modo especial el marco litúrgico de la fe enseñada en la escuela: «Todas las estructuras parroquiales y todas las formas asociativas o institucionales de vida cristiana, deben estar al total servicio de esta comunión de fe y de caridad en Jesucristo resucitado, presente en cada celebración. Sin este testimonio de fe comunitaria, sin estos signos, la enseñanza catequística queda sin base»<sup>27</sup>.

La *parroquia* significa esa plenitud de la obra educativa a condición de no ceñirse al concepto tradicional jurídico de parroquia, vinculado a estructuras rurales de la época medieval y moderna, y a una eclesiología ya superada. Hoy la parroquia hay que situarla en su configuración urbana, y en marcos teológicos, pastorales y sociológicos mucho más amplios. Interesan sobre todo las reuniones comunitarias naturales en que se congregan cristianos de diversa edad y sexo, relacionados por vínculos distintos de los exigidos por la sola proximidad local o geográfica. Esos vínculos son de diverso orden: laboral, profesional, económico, cultural, apostólico. Puede crearlos también el interés por la educación de los hijos. En este caso no se ve por qué no puede entenderse por comunidad parroquial aquella comunidad que en torno a conjuntos escolares realiza su vida de fe,

25. n. 36.

26. Cf. los nn. 37 y 38.

27. n. 38.

de liturgia, de cultura e incluso de diversión, de manera más o menos permanente.

Esta concepción de la parroquia, más mística y funcional que jurídica, exige, tanto a los educadores como a los rectores de las parroquias locales, agilidad mental y sensibilidad espiritual que les permita relativizar y situar en cada caso su propia tarea y les impulse a superar competencias ridículas e inoperantes, estimuladas por afanes de prestigio personal o por intereses humanos de cualquier clase.

### C) LA VIDA.

Es éste el capítulo más difícil, complejo y, también, el más importante de la educación integral del bautizado. En realidad dar clase, sobre todo de tipo magisterial, no es difícil y compromete poco, aunque se trate de la clase de religión. Pero de hecho es difícil insertar la fe en la vida y lograr que la juventud reaccione cristianamente, de modo espontáneo y connatural, ante los acontecimientos de la existencia, algunos ocurrentes en el marco escolar, y otros —la mayor parte— fuera de él.

Es difícil esa inserción a partir de la escuela, precisamente por el carácter de la misma. Sus imperativos didácticos obligan a un ritmo de actividades en que exigencias de exámenes y de aprendizaje —exigencias en el fondo intelectuales— dificultan el prestar atención a esa corriente, al parecer imprecisa pero realísima y con garra sobre el hombre entero, de lo vital, de la reacción cristiana y asimilación en la psicología profunda del sentido divino que tienen las cosas que pasan: que nos pasa a cada uno y que pasan en el mundo, en nuestro entorno.

Y sin embargo, este aspecto vital es la meta a donde debe apuntar la obra educadora, porque la fe no asimilada en lo profundo de todo el ser no compromete. La escuela debe llegar, pues, a provocar la reacción cristiana ante la situación de la vida, de este hombre: «Dios le habla en cada situación y en cada estadio de su maduración personal. Sería auténtica infidelidad al mandato de predicar el Evangelio a todo hombre y a todo el hombre, si, por nuestra falta de adaptación, el mensaje de la

Buena Nueva no fuera comprendido como alusión personal a cada hombre»<sup>28</sup>.

«La *catequesis* debe enseñar el camino del encuentro con Cristo, a través de los acontecimientos y situaciones de la, a veces, enmarañada o compleja comunidad humana. La aceptación de la fe en Cristo debe ir hermanada y encarnada en un progresivo compromiso serio con la vida»<sup>29</sup>.

Los nuevos catecismos para el bachillerato han hecho laudables esfuerzos para insertar la vida en la fe y las verdades doctrinales o bíblicas en los acontecimientos. En esos catecismos, cuanto acontece hoy en la política, en el deporte o en el trabajo, constituye un punto de partida, un contenido análogo y, en cierta medida, igual a las otras vías o fuentes de la catequesis: Biblia, Liturgia, enseñanza sistemática o doctrinal de la Iglesia. No se procede en esas lecciones de catecismo según el método tradicional, partiendo de la Biblia o la liturgia, sino por aquella fuente que parezca más oportuna. Esta puede ser, y de hecho es a menudo, el acontecimiento de ayer o de hoy, relatado en la prensa o en los medios audiovisuales que el muchacho acaba de ver<sup>30</sup>.

Sin embargo, esas lecciones de catecismo siguen siendo lecciones, es decir, llevan un coeficiente grande de intelectualidad, de mediatez, de separación entre el hecho y el chico que los juzga a través de comentarios o narraciones, aunque vayan acompañados por expresiones visuales.

Es necesario dar un paso adelante. A lo largo de los años escolares, al *interior* de la escuela que comprende muchos elementos no directamente «escolares» (relaciones, contactos, comportamientos y reacciones del profesor o alumno ante la vida...) y *fuera*, pero no ajena a ella (acontecimientos periescolares, paraescolares, actividades deportivas, escultismo, sesiones folklóricas, culturales, relaciones de todo tipo con los padres y familiares de los educadores) bulle una vida intensa, abigarrada y a

---

28. n. 28.

29. n. 29.

30. R. ARTACHO, *Los nuevos textos de religión para el Bachillerato*: Apuntes, 14 (noviembre-diciembre, 1968) 339-351.

menudo desordenada. Al interior de esas expresiones vitales late un misterio profundo: el misterio del hombre. Es difícil encontrar los puntos visuales o las claves iluminadoras que reduzcan a tesis claras las expresiones de los misterios cristianos que se encarnan y laten en ese acontecer de la vida. Ahí está la tarea del educador. Su misión es poner en contacto al educando con la vida, pero como manteniéndose a cierta distancia, no física sino intencional, de ella: el educador debe ser, como el poeta y el profeta, un hombre supersensible y constantemente presente al álito vital y divino que se desprende de la existencia terrena para enseñar a los hombres de su tiempo qué revelan de la trascendencia y cómo la revelan las manifestaciones diarias, aparentemente prosaicas y vulgares, de la existencia.

Quizás el dualismo que muchos educadores han contribuido a crear entre la fe y la vida les viene de que han desconocido el sentido existencial del misterio de la Encarnación. Por eso no han sabido dar con la clave que interpreta las expresiones, a las veces inefables, de lo divino, que late en el compañerismo, amistad, trato con los otros, relaciones interconfesionales, amor, sexualidad, trabajo, deporte, ocio, uso de los bienes terrenos, alimento...

La verdadera educación del sentido de la vida la dan las expresiones verbales interpretativas que, v. gr. en forma de revisión de vida, llevan de la mano al educando hasta el misterio de las cosas. La da sobre todo el entramado de los comportamientos que, si responden al misterio cristiano que está en nosotros, constituye la forma suprema de descubrir a los educandos la presencia de las realidades escatológicas en la vida temporal.

#### IV.—FORMACION DE EDUCADORES

Presentar así la obra educativa y la trama de sus interrelaciones, sus exigencias de pastoral de conjunto, puede ser desalentador. ¿Pedir tanto no equivale a exponerse a no conseguir nada? ¿Puede un educador llegar a tanto y emprender esta obra, acaso la más difícil entre todas las del hombre?

La respuesta a esta pregunta consiste en plantear la necesidad de formación de formadores. Esta se sitúa a diversos planos:

*El plano inmediato* pide para el educador un estatuto diferente al que de hecho ha llevado hasta ahora. En lugar de la entrega inconsiderada e irreflexiva, día tras día, a una tarea absorbente que no deja tiempo ni temple para la reflexión educativa, abogamos «por que cada uno de estos apóstoles tenga unos horarios de trabajo prudentes, que les permitan la preparación profesional permanente, la reflexión y revisión en equipo de educadores, evite el anquilosamiento y deje lugar para contactos extraescolares con el mundo juvenil que le posibilite el conocerlo más íntimamente y llegar a él más profundamente. Su labor catequística será, de esta forma, mucho más eficaz»<sup>31</sup>. No es nada aventurado afirmar que hasta hoy se ha dado tensión dualista entre el estatuto o disciplina de vida religiosa de muchos educadores y su estatuto de educadores. La tensión se ha resuelto a menudo en favor de formas de vivir deudoras de estatutos monásticos, las cuales han privado al educador de reglamentos elásticos que le permitan mantener contacto con estamentos, personas, expresiones culturales, sin las que hoy no se puede educar seriamente.

«Esto nos obliga, una vez más, a revisar nuestras estructuras pastorales e instituciones cristianas educativas, cuya inspiración inicial fue, evidentemente, la vieja norma de la «salus animarum suprema lex»<sup>32</sup>.

*En un plano mediato* se sitúan los organismos destinados, ya sea a la formación completa o bien a la renovación y revitalización de los educadores.

Los primeros ofrecen de modo armónico todos los elementos que integran la preparación necesaria del educador: sicología, pedagogía, teología, catequética y pastoral; amén de un clima litúrgico sin el cual hoy no puede ser cabal la formación catequística. En España, el Instituto Pontificio San Pío X, dirigido por las *Congregaciones Laicales*, con un curriculum de cinco años —3 el primer ciclo y 2 el segundo—, responde a esta necesidad.

Otros Institutos se preocupan de dar preparación seria, exclu-

31. n. 36.

32. n. 37.

sivamente catequística, a sujetos ya formados en otras ramas, v. gr. teológicas. Así los diversos centros catequísticos de Madrid, París, Bélgica. También existen cursos breves de formación catequística que suscitan inquietudes educativas en educadores ya enrolados en la obra apostólica. Así, diversos cursos breves de catequesis, de renovación pedagógica, de iniciación en los nuevos métodos pedagógicos, catequísticos, pastorales...

Es obvio cuánto importa que los supremos responsables de la pastoral educativa a escala mundial, nacional o diocesana, la planifiquen con perspectiva de conjunto en sus diversos aspectos: instalación de centros educativos, relaciones y colaboración de diversos centros y obras o tareas pastorales destinadas a la educación del hombre desde coordenadas diferentes (parroquia, liturgia, movimientos apostólicos, obras escolares o paraescolares...): «Es necesario planificar una pastoral de juventud en el conjunto de la comunidad diocesana, e incluso con alcance interdiocesano, dentro de la cual ocupe un lugar importante el mundo escolar en todos sus niveles»<sup>33</sup>.

No disimulamos cierto pesar cuando pensamos en la difícil compenetración que a este respecto reina en España en las altas escalas de jerarquías eclesiásticas e instituciones religiosas. No es raro que busquen idénticos objetivos y realicen montajes organizativos a espaldas unas de otras. Ello crea el consiguiente malestar de educadores o educadoras, que no comprenden por qué sea necesario entrar en determinadas organizaciones formativas para ser acreditados como educadores si, de hecho, otras formas de preparación habilitan para ello; o que sienten con amargura la falta de instituciones solventes, mientras contemplan el pulular endémico de muchas que despilfarran personas y dinero en lugar de unirse y trabajar juntas.

## CONCLUSION

### IMPORTANCIA DE LOS ENCUENTROS EN LA PASTORAL DE CONJUNTO

No hace mucho tiempo personas de autoridad y competencias muy diversas, se reunieron para pensar fraternal y libremente

---

33. n. 34.

sobre problemas de suma envergadura, relativos a la constitución y metas de su Congregación religiosa, consagrada a la educación. Los resultados fueron óptimos. Al concluir las sesiones, el presidente confesaba: «Este nuevo sistema de revisión comunitaria, en el que cada uno aporta su propio carisma, es un feliz hallazgo que está dando frutos ubérrimos».

Es un hecho: en los sectores de la Iglesia, conscientes de la necesidad de su rejuvenecimiento, se tiene fe en la importancia de las reuniones frecuentes entre todos los responsables, con el fin de encontrar juntos el máximum de luz sobre los problemas más acuciantes.

El clero siente la necesidad de vivir y orar en común, dirigido por el obispo. Uno y otro tratan de organizar encuentros con los seglares comprometidos...

Los superiores religiosos van superando el individualismo y ese falso miedo a las iniciativas provenientes de abajo. Ello está creando, entre otras ventajas, el sentido de las propias limitaciones y de la propia relatividad; lleva a la práctica comunitaria la doctrina del *Cuerpo Místico*; enriquece de modo incalculable el acervo común; provoca la actualización de inmensas e insospechadas potencialidades, y produce también esa alegría del vivir que brota en el corazón del hombre cuando se siente útil y objeto de reconocimiento, alegría y gratitud, que en la práctica son decisivos para perseverar en la obra o estado abrazado y, sobre todo, para entregarse plenamente a él: no son tanto hombres de muchas ideas quienes conducen el mundo y realizan importantes empresas, sino aquellos cuyas ideas, movidas por entusiasmos y afectividades ricos y equilibrados, han encontrado eco en la comunidad humana que les rodea.

Hacemos votos para que los diversos estamentos de educadores de uno y otro sexo estudien en común los problemas específicos que les plantean en España la situación de nuestra juventud y la formación de sus formadores.